

"Copito", el perro abandonado.

Copito llegó a casa de Lala cuando solo tenía dos meses. Era un perrito juguetón, divertido y algo nervioso. Los papás de Lala se lo habían regalado por su cumpleaños, siempre le compraban todo lo que pedía, era muy caprichosa, y no pensaron en la responsabilidad que supone tener y cuidar a un animal.

Era una niña malcriada y con pocos modales, aparte de muy gritona, así que los padres, por no escucharla, siempre le daban lo que deseaba.

Al principio todo eran mimos, caricias, juegos, todo maravilloso. Lala estaba encantada con su nuevo juguete. Copito era muy feliz en su nueva familia. Fueron pasando los meses y Copito crecía, pero Lala comenzó a cansarse de él, como siempre le pasaba. Un día, Copito se acercó a ella, alegre y saltarín, pero Lala lo empujó y le dijo: "¡vete de aquí!, pesado, que estoy jugando con mi nueva muñeca, ¡me la vas a romper!". Copito agachó la cabeza, se alejó y se fue a su camita muy triste, mirando como su dueña jugaba con su nuevo juguete.

Pasaron los días y Copito se sentía más triste porque Lala no jugaba ya con él. Los papás de Lala comenzaron a cansarse del perrito también, ya no era tan gracioso como de cachorro y veían que su hija no mostraba interés por él. Además, como había crecido, necesitaba más cuidados, sacarlo a hacer sus necesidades, lavarlo, peinarlo y sus padres no tenían tiempo.

Pasaron los meses y llegó el verano, y decidieron ir de vacaciones, pero había un problema... ¿dónde dejaban a Copito? Buscaron una residencia de animales, pero era muy costosa y tendrían que ir menos días de vacaciones.

Los padres hablaron sobre Copito, no sabían qué hacer. El perrito les molestaba, y se habían dado cuenta de que Lala ya no jugaba con él, ni le echaba cuenta. Se había aburrido de él.

Se levantaron una mañana y se montaron todos en el coche. Pasada una hora, el coche se paró cerca de una playa y le lanzaron un palito al perro, que en seguida corrió a por él. Copito traía contento el palo en su boca. El papá tiró aún más lejos el palo, y Copito se lanzó hacia él, pero en ese momento arrancó el coche y pisó el

acelerador al máximo. Copito se quedó perplejo, soltó su palo y corrió tras el coche, pero éste se alejaba a gran velocidad. Lo habían ¡ABANDONADO!

Pasaron varios días y Copito estaba cansado, tenía hambre, sed, necesitaba cariño... Se acercaba a los contenedores a por resto de comida, estaba muy sucio y delgado.

Un día, al atardecer, vio a un niño sentado en la arena. Se aproximó despacio y se tendió, mirando al niño con necesidad de afecto. Nico estaba triste, era su primera semana de vacaciones y no iba a ver a sus amigos del cole. Copito cogió una concha y se la puso al niño a los pies. Después lo miró pidiéndole que se la lanzase. Nico no estaba muy animado, pero Copito insistía. Nico lanzó la concha y Copito corrió hacia ella y se la trajo y se la puso junto a él. Así pasaron el resto de la tarde.

Estaba anocheciendo y Nico volvió a casa, que no estaba lejos de allí. Copito lo seguía, no quería quedarse solo.

- "¿Estás perdido, perrito?, ¿tienes hambre?", le decía Nico.

- "¡Ven, te llevaré a casa y te daré algo de comer!" ...

Cuando llegó a casa, Nico explicó a sus padres lo que había ocurrido. El perrito estaba abandonado y hambriento, tenía que cuidarlo. Los papás pensaron que su hijo, que estaba triste, había vuelto de la playa contento y feliz con su nuevo amigo, así que decidieron darle un baño y alimentarlo. Le explicaron a Nico que antes tenían que llevarlo al veterinario para ver si tenía un microchip para ver si se había extraviado de su familia.

Al día siguiente, lo llevaron al veterinario y observó que tenía microchip y se puso en contacto con la antigua familia, ya que estaban todos los datos. El papá de Lala había olvidado este detalle, y avergonzado dijo:

- "El perrito se nos escapó, se llama Copito. Mi hija lloró mucho al principio, ahora se encuentra bien, y sería mejor que no volviese a pasar por otra emoción fuerte. Como ya no le echa de menos, si hay otra familia interesada en adoptarlo, que se lo queden". Nico, que escuchaba la conversación, comenzó a sonreír y a asentir al veterinario. Nico se puso muy contento y feliz porque se podía quedar con el perrito.

El veterinario les explicó que mucha gente abandonaba a sus perritos en las vacaciones y decían que se les había escapado, que Copito había tenido suerte de encontrar una familia tan buena que lo quería y acogía como unos más.

Nico abrazó a Copito, lo miró a los ojos alegres y brillantes y le dijo:

- "¡Yo nunca te abandonaré...!!"

Andrés Cuaresma Vázquez, 14 años.
Colegio Montessori
Huelva